





**ECOS Y HUELLAS  
DE UNA ANTOFAGASTA IMAGINARIA**



"El hombre ha imaginado una ciudad perdida en la memoria y la ha representado tal como la recuerda. Lo real no es el objeto de la representación sino el espacio donde un mundo fantástico tiene lugar"

RICARDO FIGLIA  
*EL ÚLTIMO LECTOR*

**L**a escritura y la lectura han resultado ser de las competencias más relevantes de la cultura humana. Si se piensa detenidamente, es lo que ha permitido dejar huellas materiales para que otros hereden, descifren y se interroguen sobre el pasado y su presente. Sin una huella, sin una inscripción, no podríamos acceder a la memoria, la historia o la identidad tal y como la entendemos. Ahora bien, ¿quién tiene derecho a inscribir sus sensaciones, recuerdos y fantasías como historia, como libros y como relatos? A menudo hemos visto que tanto los profesionales de la historiografía como los profesionales de la literatura son los agentes que parecen más legitimados a portar la historia y la cultura de nuestra humanidad. Pero, ¿eso tiene que ser así?; Por cierto que no. Que las cosas sean de un modo, no implica que deban ser así ¿qué da derecho a suponer que ciertas personas por sobre otras sean las que puedan escoger la herencia que debe ser contada? Posiblemente que tienen un ojo y una sensibilidad especial y distinguida sobre los otros. Para nosotros, como Fundación Ciudad Literaria, las cosas no resultan así de sencillas y sesgadas. Las historias y los infinitos relatos vivos que aparecen y desaparecen y que impresos o grabados dejan huella son los que constituyen el testimonio vivo de una cultura, es lo que se podría denominar su patrimonio (tanto material como inmaterial). Y es por eso que nadie tiene mayor derecho a querer dejar huella, testimonio y herencia; son todas esas voces circulantes las que hacen la historia de una ciudad y perfilan su futuro.

La ciudad y la historia, como sugiere Piglia, no es tanto lo que de hecho ocurrió, sino lo que pudo, podrá o podría pensarse o fantasearse. Sin fantasía o imaginación no hay posibilidad de reinventarnos, desarrollarnos y crecer. Y es en ese convencimiento que hoy personas comunes y corrientes han sido invitados a darle un aire y un respiro a su ciudad de Antofagasta; esa ciudad real que más que aquella directamente vista, esa Antofagasta actual que se entremezcla necesariamente con la perdida en la memoria que cada uno ha representado tal como la recuerda.

Este nuevo hálito no podría haber quedado inscrito sin la participación y el arrojo de todas esas personas que aceptaron y creyeron que tenían el derecho de dar testimonio literario de su ciudad; y también al apoyo y la confianza del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Manuel Ugalde Duarte  
Director General  
Fundación Ciudad Literaria.



# C OINCIDIR



MARIA ALFARO RIVERA



**L**a plaza Colón con su bullicio de agua cantarina, árboles añosos y gitanos que pululan en ella, sacándole la suerte y la plata a los parroquianos que toman el sol de invierno en los bancos cagados por palomas; era el escenario preciso para que Mario y Sandra se encontraran esa mañana.

Se conocieron en el chat, pero desconocían su apariencia física. Inspirados en el sentimiento que nació –tras largas horas de conversaciones en la web- decidieron tener un contacto más personal y quedaron de verse ahí, lo otro se lo dejarían al destino. Sandra para distinguirse de las demás llevaría un gorrito de lana roja y una bufanda del mismo color y Mario el gorro plomo, altioplánico que había comprado en una visita a San Pedro de Atacama.

Nerviosa caminó entre la gente que estaba en la plaza esperando encontrarlo. Recorría pausadamente el lugar cuando en uno de los bancos pudo ver a un joven con un gorro como el que Mario le describió. Se acercó sigilosamente mientras éste distraído alimentaba a las palomas.

-¿Mario?, preguntó ella.

Él levantó la cabeza encontrándose con una joven de cabello negro hasta los hombros, de unos veinte años de edad, delgada, con unos preciosos ojos almendrados que daban un aspecto armónico a su cara.

-Sí, le respondió.

-Soy Sandra -dijo ella dándole la mano-. Sonrió coqueta al observar que Mario era bien parecido, cosa que colmaba todas sus expectativas. Él se levantó del asiento estrechó la mano que le ofrecía y le dio un beso en la mejilla.

-Caminemos un poco -propuso ella- él la siguió como un autómata. Se fueron por Prat, calle que estaba muy concurrida a esa hora, los artistas callejeros realizaban sus espectáculos estridentes. Trataron de entablar una conversación razonable pero no los dejaba ese ruido ensordecedor. Decidieron bajar por Bolívar hacia la playa buscando un lugar tranquilo donde conversar, debían aprovechar el ocio que otorgan los días de vacaciones sin clases ni tareas en la Universidad. Caminando llegaron a la caleta de pescadores se sentaron a mirar la playa y a los hombres que efectuaban sus labores cotidianas., conversaron de cosas triviales como del tiempo tan frío esos días de invierno. Ella era de Ovalle y se había venido (para estudiar) a vivir a Antofagasta, arrendaba un departamento en la avenida Argentina el que compartía con unas amigas. Él era de Quilpué y vivía en la ciudad con unas tías viejecitas que lo cuidaban más que a un recién nacido. Ella tenía como hobby cocinar y tener amigos en línea, a él le gustaban los animales, el surf y la natación.

Debido al chat Sandra sabía tantas cosas sobre la vida de Mario, creía conocerlo desde hacía siglos. Lo que tenían en común hizo que se enamoraran y a eso le podían llamar amor al primer chateo. Porque las conversaciones en línea eran frías e impersonales con el tiempo necesitaron tener un contacto más verdadero, y ahí estaban tomando sus manos amorosamente mientras se besaban apasionados.

La mañana se iba lenta y el mar transparentaba en sus olas los retazos de aquel amor virtual, ella se dejaba llevar por ese sentimiento tan real como el aire salobre que respiraba. Después de almorzar en la caleta decidieron recorrer la ciudad; cruzaron avenidas, visitaron museos, entraron al cine y ya entrada la noche se fueron a bailar a una discoteca hasta terminar extenuados.

El día acabó y Sandra llevó a Mario al departamento, lo invitó a quedarse pues se encontraba sola, sus amigas habían salido fuera de la ciudad. El ambiente era propicio para amarse intensamente mientras la noche espiraba y ella se dormía cansada y feliz.

Al despertar lo buscó en la cama pero no estaba, en su lugar encontró una nota que decía: “gracias por el día maravilloso, me llamo Mario pero no soy el que esperabas encontrar ayer, fue coincidir contigo en la plaza lo más afortunado que me ha tocado vivir, estoy de paso en esta ciudad y debo regresar hoy donde me espera mi familia. Fuiste tierna y amorosa pero no puedo quedarme tengo que partir, quiero que seas muy feliz y logres perdonarme algún día... Mario”.

Leyó la nota muchas veces tratando de encontrarle algún sentido a lo que allí estaba escrito pero ni por la razón ni la lógica entendía lo que le había sucedido.

Sintió un vacío en su interior, desolada encendió la computadora encontrando un mensaje de Mario, -¿el real o el virtual?- se preguntó tristemente. Este decía:

“Sandra, te esperé impaciente durante horas dime por qué no viniste y debido a tu indecisión decidí sacarme esta foto que incluyo en el correo para que me identifiques. Te espero mañana en el mismo lugar a la misma hora, no faltes por favor estoy ansioso por verte y conocerte. Mario”.

Ella observó la foto (era de cuerpo entero) y se dejó caer sobre la cama llorando amargamente.

CASAS Y VIDAS  
DE UNA ANTOFAGASTINA



ANDREA AMOSSON

**Q**ué es el desierto sino la infinita acumulación de ideas. La idea de la sequía, la idea del bosque en huelga indefinida, la del minero machando la roca, la de una niña demasiado flaca y demasiado débil como para nacer allí, crecer allí, dar sus primeros pasos y más tarde sus primeros besos con labios salados, mejillas rojas, custodiada por un sol portentoso y el vapor del Pacífico. Qué es el Atacama, sino la infinita acumulación de vidas. Sus abuelas y bisabuelas. Su madre y su porfía. Su padre inundado de minería, cobre y salitre. Sus tías y primas. Y los hombres que las acompañan en sus viajes aguerridos. Las mujeres del desierto no son como cualquier otra, sino fuerte, independiente, segura y decidida.

Qué es el desierto sino la infinita red de obreros de espaldas golpeadas durante siglos, por el dueño que les explota, el estado que les acribilla, el moderno capital que les relega a turnos imposibles. Qué es el Atacama sino la capacidad infinita de renacer, de echar raíces entre las piedras, taladrar con dedos vegetales el fondo duro de la tierra hasta encontrar las vetas y las aguas ocultas. Nacer, vivir y morir allí, en el desierto. Oh, si yo pudiera, si las agujas del tiempo se echaran atrás y floreciera yo en las calles de la infancia y la adolescencia.

Qué es el desierto sino una colección de ciudades maltratadas por el polvo y el olvido, con habitantes espejismo que de pronto se dejan ver, escondidos al mediodía por el calor, alegres y conversadores al atardecer. De la mañana no hablar porque no existe en estas urbes de ladrillo y zinc y menos aún donde yo nací, Antofagasta, la que despierta perezosa al grito de las gaviotas, al pitido del tren, a las micros que recorren sus calles. Al borracho que se durmió en la puerta de la casa y que pide disculpas por haberlo hecho, cuando abrimos para comenzar nuestro día y lo encontramos doblado en el umbral, el pelo enmarañado y el cuerpo molido por el vino. Qué es Antofagasta sino la ciudad de nombre sonoro y el deseo de lanzarse al mar. Un crecer en vertical de casitas colgadas de los cerros, un alargarse en pequeña réplica de este Chile que es extenso y delgado y tan desigual. Una ciudad fundada por otros, bañada por otras aguas, habitada por otros acentos. Antofagasta existe desde mucho antes, fue una caleta, luego un puerto, ahora una ciudad vibrante y atochada. Fue un perfecto ajedrez de casas de madera apolillada, de cartón y plástico, de concreto y techos planos, un combate con las olas. Los barrios del norte y los del sur, urbe polarizada la de mi juventud. Antofagasta mi primera escuela vital, donde aprendí a navegar los mares de la pobreza extrema, del barrio al margen, sin pavimento, comandado por la juventud sin profesión ni oficio, con navajas detrás de la oreja y el máximo respeto por sus iguales. Antofagasta es la niña flaca retornada desde el interior del Atacama, devuelta luego de hermosos años de absoluta ignorancia en las salitreras, a una

ciudad gigantesca que se desplegaba y cerraba a la vez, un mapa cuya clave no lograba descifrar. Es la niña flaca que se levanta tempranísimo para cruzar la vía del tren, esquivar los perros que murieron allí durante la noche y ya se hinchan y se pudren a su vista y paciencia; es pararse en la esquina del semáforo y rogar que el bus se detenga, que pueda subir, que llegue a tiempo al colegio privado del barrio sur. Es hacer equilibrio en un bus atestado con una maqueta de casitas que construyó el fin de semana, la fachada de los edificios de su adorada infancia en Pedro de Valdivia, donde pasó cinco años antes de regresar. Cómo se puede echar a rodar por el mundo la mujer y no despojarse nunca de aquello que la ha marcado. Antofagasta es llegar a destino en una hora, arreglarse un poco el pelo chascón por las batallas que se libran en el transporte público y descubrirse los zapatos empolvados a pesar del betún. Y mirar desde el reverso del espejo, desde la abundancia, los cabellos rubios y los ojos claros, habitar desde la lengua inglesa que aprende la niña flaca en el colegio privado. Habitar el desprecio que causa entre sus compañeras, esta niña vomitada por el Atacama, intrusa en un espacio de privilegios. Pero la niña flaca no renuncia, será que no es débil, que la estirpe de parientes mineros guarda su andar tozudo. Así obtiene su diploma de enseñanza media y comienza a estudiar la siguiente carrera y como aprendiz de periodista siente que recibe algo mágico, un escrito con tinta especial que revela al fin la clave de aquel viejo mapa amarillento que ella guardaba detrás de su corazón. Antofagasta, a sus dieciocho años, de pronto ya no es la extraña e incógnita dormilona. Ya no cruza los rieles ni hay perros ni hay bravos en las esquinas, tampoco hay muchachitas inseguras que se burlan de ella para no asumir sus propios desperfectos. La joven flaca vive ahora en una casa nueva en el centro de Antofagasta e inicia su primera exploración hacia la población Miramar, una de las más antiguas, que le ha tocado por sorteo en el Taller de Reportaje y se dispone a visitarles semanalmente. Así conoce su historia y recorre sus laberintos, guiada por los recuerdos de sus habitantes. Fabrican buzos, empanadas, roscas, cosen, tejen, hacen gasfitería. Reúnen dinero para pavimentar, para ponerle un techo nuevo al vecino más viejo y más pobre, para hacer una fiesta de navidad a los niños, para todos los niños. Esto es Antofagasta, piensa la joven flaca, es solidaridad. Cuántas cosas ocurren allá arriba, en los cerros, que tantos ni siquiera se enteran, los que viven abajo y nunca osan alzar la cabeza. Y así como en la Miramar logran pavimentar algunas callecitas, su abuela hace lo suyo en la población Las Rocas y golpea todas y cada una de las puertas del pasaje Los Pinos recolectando la cuota para que la Muni les complete lo que les falta para tener una calle libre de arena. La casa de mi abuela y su estanque de agua color celeste. La casa de mi abuela en la zona norte y el prodigio de su jardín del Edén en medio del Atacama. Las flores que se abren al suave roce de sus yemas y los árboles que dan la

única sombra en su pasaje. La torta de milhojas de sus maravillosas manos, las cazuelas de ave y almuerzos dominicales, y sus continuas lecciones de cómo granear el arroz. Y en el centro de Antofagasta la casa de la infancia, primigenia, la casa de la abuela materna antes de que la niña se fuera a la Pampa. La casa construida sobre palafitos, toda madera, toda polilla, donde tembló ante el rugir de los tanques que recorrían la urbe nocturna al toque de queda, cuando ella apenas tenía algunos meses de vida. La casa con Yango, el perro enorme que le lamía el rostro antes de irse a dormir. La abuela materna y sus caldos de cabeza de pescado, de patas de pollo, de luche y cochayuyo. Una gajo de naranja, un trozo de manzana, el aceite y la sal sobre el pan porque no había margarina. La ausencia de la madre por su trabajo en el hospital, y la del padre por sus estudios en la capital. Y los vampiros de su imaginación que vivían debajo de la casa y se movían sigilosos entre los palafitos. Palafitos en el desierto.

Casas deshabitadas, destruidas, borradas por el viento. Casas de sueños, de ilusiones, de llantos. Calles donde nos mezclamos niños, perros y ancianos. Muñecas olvidadas en el bus, llantos consolados en el quiosco de la plaza, ilusiones envueltas en sobres perfumados que zarparon desde los gruesos muros del correo. Y un ancla en el cerro mayor, un ancla que a ella no pudo sujetarla.

La niña ya no es niña, ni es joven ni es flaca. Es adulta ahora y camina en tierras lejanas, habla otras lenguas y respira otros aires. Pero es pedrina y antofagastina, es nortina y es chilena y no cualquier chilena, sino que una mujer del desierto. Y el Atacama le ha dejado una huella, un lunar tan grande y tan asentado en su frente que donde quiera que vaya o donde quiera que viva, ejerce poder sobre sus vivencias, impone visión y música, cual luna cantándole a las olas. La niña ya no es niña, ni es joven ni es flaca. No es más que la infinita acumulación de ideas, de vidas, de experiencias, de lugares y ciudades y pueblos y lluvias y sequedades. No es más que un desierto convertido en madre y esposa y un poco lancha pesquera dejada a voluntad de la marea. Es lobo de mar robusto, moreno y peleón. Y áspera como su tierra, a dónde siempre desea regresar.

“¡Lampadario de la costa!  
¡Fragua inmensa de vulcano!  
destacaba sus torreones,  
sus alto muros compactos,  
junto a fenómenos calcáreos,  
insinuaba la fortuna...”

CAUZATT COTAL

*14 AUTORES NORTINOS*

1993

# P ICHANGA



PABLO LLANOS CODOCEDO



**S**ábado en la mañana y escucho desde la ventana a mis amigos que me gritan desde el primer piso: (vivía en el tercero) “baja! vamos a jugar a la pelota!”, yo ya listo con mi camiseta del Valencia de España, traída por mi padre en unos de sus viajes a la feria de las pulgas, bajaba. Nos juntábamos en calle Valdivia, éramos todos los del barrio, derecho por calle Huanchaca caminábamos hasta llegar a una multicancha (que para nosotros era casi tan ceremoniosa como el Nacional) que estaba arriba de la Escuela N°4, conocíamos al hijo del dueño, o más bien lo ubicábamos, cada uno ponía trescientos pesos y la arrendábamos una hora, con derecho a tomar agua del grifo y con perros (y gatos) guardianes como espectadores de lujo. En esa hora pasaba todo lo que pasa en el futbol, todos querían ser Roberto Carlos al patear el tiro libre o como Zamorano al cabecear en el área, no importaba la edad todos jugábamos, pero con respeto (como diría el Mago), no le teníamos miedo a la pelota, jugábamos como si estuviéramos en la final de la Champions, uno como jugador era multiuso: de defensa a delantero y de arquero a extremo derecho, todo con tal de ganar el partido del sábado. Al final del encuentro nos íbamos todos por la misma calle para las casas respectivas, se juntaban algunas chau-chas y se compraba una bebida de dos litros que se compartía entre todos como si fuera la copa del mundial de futbol. Todo bajo el intenso y abrasador sol mañanero Antofagastino, que importa era nuestra tierra, nuestra pichanga.

# E L PATIO DE MI CASA



SARA MANDIOLA SALINAS

**S**entada en el balcón de mi departamento, mirando el horizonte infinito, vienen a mi memoria hermosas reminiscencias de mi niñez, cuando por el trabajo de mi padre llegamos desde Iquique a vivir en dependencias de la Copec; allí me veo, como si fuese hoy, viviendo tiempos inolvidables, aventuras de mi barrio, bosques de mi infancia.

Comienza en mi nueva ciudad, el puerto de Antofagasta en una esplendorosa tarde de domingo, con un sol pleno en medio de un cielo celeste y despejado, en mi recién estrenado hogar, a dos cuadras del borde costero después de pasar mi patio y la calle siguiente (Washington), qué lindo día, estoy parada en la puerta de lo que circunstancialmente podríamos llamar mi casa; ubicada al interior de un largo pasillo entre el muro de la iglesia catedral y el banco central, donde se encuentran las dependencias de la Compañía de Petróleos de Chile. Tenemos en el centro un cuadrado de acopio, en ambos costados del pasillo –entre otras cosas– hay sacos de alquitrán, tambores de petróleo, un sinfín de productos derivados del crudo y allí estoy yo, Sarita, como me dicen cariñosamente. Delgada, cabello trigueño, ojos vivaces, juguetona y traviesa; con vestido impecable; mirando a los hombres de overol azul, trabajadores de la empresa de la Copec. En eso aparece mi gran amiga y compinche de muchas vivencias, Daysi. La saludo con un beso, corro al interior y pido permiso a mamá para ir a jugar al patio.

La calle San Martín entre Prat y Sucre, donde se encuentra también por la acera de mi casa, al lado de las oficinas del banco, en un segundo piso, el club inglés donde lord Mounbater, familiar de la realeza, ha tenido algún evento entre muchas otras celebraciones. Está como todos los fines de semana atiborrada de gente que, según su casta, toma ubicación casi segmentadamente. Pareciera que cada uno entiende que, aun cuando el paseo es público, todo tiene un lugar asignado según sea, dicen los mayores, su clase social; los caballeros elegantes con sombrero de copa, traje corto de fina tela, chaleco donde se guardan el reloj de bolsillo y bastón con empuñadora de nácar. Y van acompañados por damas de elegantes vestidos de moda europea, muy empolvadas, con abanicos en sus manos; es curioso, si me preguntan cómo los veo yo, diría que se asemejan a pingüinos viejos. Es más, yo creo que de allí le dieron nombre al famoso pingüino emperador.

Cruzamos la calle y ustedes ni se imaginan, aquí está mi gigantesco patio: la centenaria plaza Colón. Antes de cruzar la calzada, parado en el pórtico del templo católico, nuestro buen párroco Roberto Bahamondes, “flecha veloz” –como traviesamente le decimos en la misa–, vestido con su sotana y cruzado de brazos me dice paternalmente, casi susurrando: “¡Sarita, pórtate bien!”.

Él sabe de mis travesuras aunque como buen sacerdote y amigo de los niños no las confiesa, estoy segura de que por sus buenas relaciones con el de arriba, su dedicación pastoral y la devoción por sus feligreses. Todos conocen al párroco como un hombre relajado, de caminar lento y hablar pausado; pronto tendrá el cargo de obispo como don Hernán Farías. Por un instante me quedo como traspuesta, pero mi inquieta amiga Daysi toca mi brazo, guiñando el ojo para apurarme.

Frente al edificio de madera de la intendencia, la que algunos años después se quemó, en la esquina de Prat con San Martín en la plaza de Colón, apellido del navegante español que descubrió las Américas, está el orfeón que es redondo con bancas adosadas a la reja en el segundo piso, con techo como una pequeña cúpula, construido y donado por los residentes de la numerosa colonia Yugoslava, con motivo del aniversario de Antofagasta. En su interior, sentados y con las partituras delante de sus instrumentos, se encuentran tocando obras clásicas y algunos valsos los músicos de la bien presentada banda del glorioso y querido Regimiento de Infantería Motorizado N° 7 Esmeralda, como cada fin de semana. Con sus bizarros hombres en impecables uniforme, hebillas y botones de bronce relucientes como oro bajo los rayos de sol. La identifica el simpático flaquito que, por su falta de carne y mucho huesito, bien podría bailar el baile del esqueleto, lo cual parece hacer mientras mueve con impresionante energía la batuta; semana por medio le toca hacer la ceremonial retreta al Séptimo de Línea, ya que en la siguiente le corresponderá la presentación al regimiento de blindados Exploradores N° 8. Sin embargo, puedo diferenciar ambas bandas muy bien ya que quien lleva la batuta de estos músicos el siguiente domingo, es un gordo sin gracia; yo estoy segura de que un poco de ejercicio le haría muy bien para que tenga un poco de llegada con las chiquillas.

Transcurridas las dos horas se pone fin a la presentación, en algunas ocasiones con suspiros por parte de algunas jovencitas asistentes. Los uniformados, arreglando muy bien sus chaquetas blancas, sus pantalones negros y sus gorros, bajan ordenadamente por la escalerilla del costado. Se forman marcialmente en columna para comenzar a marcar el paso marchando con bizarría y gallardía por calle Prat en dirección al cerro donde los espera la micro militar que los llevara al cuartel. Van al son de Adiós al Séptimo de Línea o Padezca.

Con Daysi conocemos bien cómo es cada rincón de mi amplio patio. El centro de la plaza es frecuentado por soldados reclutas acompañados de algunas ilusas jovencitas atraídas por los uniformes. Por calle Prat caminan, luciendo vistosos trajes, las familias distinguidas de Antofagasta. Frente a la iglesia catedral, a la salida del pasillo de mi casa, se junta el centro de madres para ventilar

las últimas copuchas, ¡como hablan las señoras! Por calle Sucre tenemos el pololeo, digamos, blanquito y por calle Washington ya se pegan con más ganas los chiquillos y chiquillas.

Plantas y árboles rodean el precioso reloj inglés ubicado al centro de mi patio y donado por la colonia británica a la ciudad. Allí nos subimos por sus añosos troncos para escondernos entre sus grandes ramas con mi genial amiga. Como ambas somos chiquitas y menuditas, no nos pueden ver cuando, muertas de la risa, lanzamos pequeñas piedrecitas a los relajados transeúntes que, profiriendo un par de garabatos, continúan luego su camino. Nos descolgamos de las ramas cayendo en la tierra, corriendo como gacelas por mi patio, jugando y saltando; a veces, me parece que el león de hierro de la colonia española ruge a mis espaldas y que los reyes de Castilla, sobre la pequeña torre, alientan a los cisnes de cuello blanco y a los dos coloridos pavos reales en su casita, rodeada de una reja metálica en el corazón de la poza, a fin de que muevan sus plumas anticipando en mi imaginación el enojo de ogro de papá cuando regrese a casa con el vestido todo mojado y sucio después de haber resbalado en el agua estancada.

Mi esforzada y querida mamá se enoja un poco pero es muy buena. Ojalá siempre estuviese tan solo ella cuando me encuentre en casa. Mi padre es otra historia; no siempre nos trata bien debido a su afición por la bebida. La casa tiene por esa causa un poco de paraíso y un poco de purgatorio. Por suerte mi padre pasa mucho tiempo fuera; le gusta ir por allí con el guatón Campos. Este señor tiene a cargo la bomba gasolinera ubicada en la esquina de San Martín.

Mi hermano Alonso, jovial, rebelde, lleno de energía y proyectos, se ve lejos de casa como pensando desde ya en el futuro. Pasa poco en nuestro hogar. Lo quieren mucho en una casita de madera que construyó una numerosa familia sobre una sólida formación rocosa en medio de una playita ubicada entre el club de yates y el hotel Maury; lugar que ocupa actualmente el Hotel Antofagasta. En épocas de marea alta era base ideal para tirarnos clavados, guatazos, sentaditas, debido a que el agua alcanzaba muy buena profundidad. En verano hasta el niño con traje de marinerito concurría para disfrutar de las delicias de nuestro mar. Este amiguito con traje de marinerito, llamado Héctor, vive en calle San Martín casi al llegar a la Avenida Argentina. Es hijo único y su mamá lo vestía de punta en blanco advirtiéndole siempre que no debía ensuciar la ropa ni andar por ahí haciendo desordenes o comportándose indebidamente. ¡Pobre Héctor!, cuando se acercaba a nosotras, de adrede y sin pensar en las consecuencias, incitábamos al pobre Héctor a

mojarse en la isla o a jugar la tierra mojada de mi bello patio. Luego, como para sentirnos menos culpables, lo acompañábamos hasta su casa creyendo infantilmente que no lo castigarían. Sin embargo, mi amiguito se perdía varios días, hasta semanas, sin decir nada. Muchos años pasaron hasta que por las vueltas de la vida me reencontré con él en mi trabajo, donde compartimos por muchos años la vida laboral. Lo más importante es que el buen Héctor nunca dejó de ser quien era: una agradable y linda persona, el marinero.

En lo que respecta a nuestro concepto de Dios, inevitable viviendo al lado de la iglesia Catedral, la buena y devota católica era mi madre, a pesar del pensamiento agnóstico de mi padre. Recuerdo que con motivo de hacer mi primera comunión, mi querida mamá me confeccionó un traje blanco, largo, con toca de flores tul y piedras brillosas en mi cabeza, puso un ramo de orquídeas en mi mano y me calzo unos zapatitos blancos que me dio el gusto de elegir el día anterior en la tienda. Si el digno padre no me conociera, hubiese dicho: “es un angelito”.

Estaba contentísima de mi elección, era una reina con mis zapatos, era en verdad una novia chica y feliz. Eso hasta que con el pasar de las horas me di cuenta de que los calzados comenzaban a apretar mis pies. Fue complicado al término de la comunión. Las distinguidas damas de la colonia española nos llevaron al Club de la Unión, un lugar muy rico y elegante con mozos de película que nos agasajaron con una taza de chocolate y una porción de torta; actividad que estas señoras realizaban todos los años con motivo de este evento. Lo más difícil llego en la tarde, ya que salimos a la procesión para pasear desde calle San Martín. En seguida tomar Prat y subir casi 10 cuerdas en pendiente al Cerro El Ancla. Cerro característico de nuestra Cordillera de la Costa en Antofagasta, ya que un ancla se puso en el picacho más alto a fin de señalar el puerto a los buques que debían atracar en nuestro litoral. De allí, debíamos caminar hasta llegar a la avenida Miramar, dar la vuelta y bajar por calle Sucre, finalizando en la iglesia Catedral. Lugar donde terminé mi angustiada peregrinación.

Para qué les cuento los pelones que hicieron mis apreciados zapatitos blancos de gamuza, aunque me quede bien calladita para que mamá no se enojara; si después de todo ella me dejó elegir el modelo e incluso me preguntó si estaban bien al probarlos. No podía entonces hacer nada, excepto callarme y soportar mi apresurada decisión. Al día siguiente, me levanté tarde con mis pies adoloridos y dañados. Lo disimulé de la mejor forma hasta que llegó mi amiga de travesuras para contarme e invitarme a mirar cómo el jardinero don Pancho mataba jotes en nuestro patio. Me olvidé de los pelones en las extremidades para salir con Daysi a mi patio.

Desafortunadamente cuando llegamos, un poco demoradas por la tragedia de mi calzado, él se encontraba recogiendo la caza y la estaba depositando en un tacho de basura, tambores metálicos grandes detrás del macizo león de fierro. Con mi genial amiga esperamos hasta que don Pancho se fuera, levantamos la tapa del tambor, sacamos dos de los jotes muertos, para dejarlos sin que nadie nos viera en la iglesia Catedral. Quién sabe por qué se nos ocurrió tan bárbara idea; pero lo único cierto es que yo estaba muy molesta por haber tenido que caminar tanto con mis zapatos apretados sin poder decir “me duele”. Aunque más terrible que ese dolor era el olor de esos pájaros.

Qué importaba el día anterior en esa bella época cuando, al otro día, entre saltos y cuerdas, iba a comprar para mamá algunas cosas al surtido almacén del señor Pinaud, ubicado en la esquina de Sucre con San Martín. Un rico dulce de regalo por la buena voluntad, más la singular y agradable compañía de mi amiga Daysi, quitaban todas las penas. Mientras, de escapadita, daba vueltas a la manzana a ver los lindos abrigos, vestidos, blusas, botines, chalecos y otros lujos con los que solía imaginar mi vida mientras me miraba al espejo cada noche antes de dormir; lo hacía entrando a la tienda Venus en calle Latorre –entre Sucre y Prat–, o a la casa Carmona en la esquina de Latorre.

Este y otros recuerdos de Sarita vuelven siempre a la memoria. Se me presenta tan original como especial en los acontecimientos del diario existir. Risueña por naturaleza, disfrutaba de emociones inesperadas frente a los que la buscaban. Positiva frente los problemas, resuelta cuando quiere jugar. Todo ese existir en medio de su plaza: un patio lleno de historias maravillosas y únicas, el patio que nunca se olvida.

Hoy, aquí sentada frente al balcón, en el fresco de la brisa marina, es donde vuelvo a soñar y a vivir en este hermoso limbo, donde se junta uno de los salares más secos del mundo, el desierto de Atacama, con las aguas del océano más grande del mundo, el océano Pacífico. Es aquí donde el amor revive mil vivencias. Es la tierra generosa, la ciudad mágica, la romántica y dormida Antofagasta. Mi querida ciudad por adopción y, como dice el himno de Antofagasta, cuyo himno reza: “Tierra de hombres de esfuerzo y vigor, tú plasmaste el prodigio de Ariel”, “Gloria a ti, gloria a ti, Antofagasta”.





“El mar de Antofagasta  
se agita como fiera enjaulada,  
como si yo quisiera  
quitarle sus gaviotas.”

MIGUEL MORALES FUENTES  
*LAS MIL BREVERÍAS DEL*  
*TIPÓGRAFO HURAÑO*  
2014

# M

I CARRITO  
DE LATA



**U**n grupo de amigos, seguimos la caravana de tres autos hechos de tarros redondos, que circulaban por la calle, emitiendo un ruido no muy molesto, una vez ya contaminado con la bulla que producían; llegamos a la casa del Tarro con Moco, de 14 años aproximadamente, y su hermano menor, el viejo Queco, de edad no mayor a la mía.

— Carlín —pregunté— ¿puedo entrar yo? — Nooo, que entre el Otto, el Pato, y el cabezón Lucho.

— Pucha, yaaa, pu. — Carlin, déjanos entrar, pu. El Tarro con Moco (Carlin) era un niño que no asistía regularmente al colegio “Escuela N°32”, hoy España N°59, había repetido varias veces el mismo curso y, por tanto, le daba vergüenza ir. Por ello le quedaba mucho tiempo para desarrollar la creatividad y construir estos carros de lata, que consistían en cuatro tarros de conserva redondos de atún, cuatro trozos de alambre grueso casi galvanizados, que se usaban en las casas como tendederos de ropa recién lavada y un volante que servía para dirigir el carro. El grupo de amigos con carros fue creciendo en la medida que se fue conociendo la forma de construir y en la búsqueda de los materiales para ello. En la casa de mi abuela comenzó a desaparecer el tendedero de alambre galvanizado para cambiarlo por tarros. Recuerdo la molestia de mi abuelo, quien tuvo que reemplazarlo por un alambre que se oxidaba, por lo que no era lo más apropiado para colgar la ropa húmeda. Con la ayuda de mi primo, el Loco Churry, logramos armar nuestros carros, con la particularidad de que el nuestro era un camión, pues tenía sobre los soportes un tarro de aceite, abierto, para motores de vehículos. Todo gracias a la voluntad de mi papá, quien trabajaba en la estación de servicios de combustible SHELL ubicada en calle Balmaceda con Sucre (hoy reemplazada por un edificio de departamentos), donde también hacía cambio de aceite a los autos. El Tarro con Moco, cuando nos vio paseando con los “camiones” de lata, se enojó tanto que no quería que perteneciéramos al grupo de juego, que ya bordeaba la docena de integrantes. Habían construido toda una carretera en medio de una pampa desolada, muy amplia, al costado de algunas casas de la población. — ¡Oye, cabezón! ¿Quién es el jefe del juego? —pregunto mi primo. — El Carlin—respondió. — Carlin, ¿podemos jugar? — Ya, ¿de dónde sacaste ese tarro? — Mi tío Pichuco lo trajo del trabajo. — ¿Quién es? — El papá del Lelo, ese que está ahí, mi primo. — Dile si me trae uno. Bueno, Carlin tuvo su tarro y nos permitió ser parte del grupo, pero él no podía ser menos y con una creatividad asombrosa le puso goma de cámara de neumáticos a los tarros que servían de rueda para evitar la bulla que estos emitían al girar y otro tarro delante del camión donde ponía un trozo de Vela, que servía de luz para alumbrar los caminos durante el juego nocturno. La verdad no todos podíamos conseguir los tarros necesarios para construir nuestro camión y la goma para poner en las ruedas, así es que al cabezón se le ocurrió ir con los camiones

hasta el basural, ubicado a la salida de Antofagasta, del Salar del Carmen, hasta donde nos dirigimos a la hora acordada, después de almuerzo; encontramos gente comiendo desechos y recogiendo escombros, nosotros comenzamos a buscar latas y alambre para construir y regalarle a los amigos que no tenían, el regreso tardé más de lo presupuestado por lo que el reto y castigo sirvió para guardar el camión por varios días. Y así, por mucho tiempo, ese fue nuestro juguete preferido, ' Capaz de reunir a los amigos promoviendo la creatividad y el ingenio infantil.

# M I BARRIO ESTACIÓN



ROVIRA ROJAS JIMÉNEZ

**S**on tantos los vericuetos de la mente que nos transportan al pasado y cuando ese pasado ha sido glorioso, vale la pena recordarlo. Porque narrar es vivir, hacer vivir el tiempo, un tiempo donde se amaba y se vivía la vida con un dinamismo formidable. Por mi parte, concuerdo con eso que dicen de que todo tiempo pasado fue mejor.

Yo pisé esta tierra para echar raíces junto a mi hermana y a mi madre que, por entonces a fines de 1957, heredaría una casa residencial. El único capital que teníamos era nuestra juventud, toda vez que mi madre contaba con 35 años, mi hermana 15 y yo 18 años, con flamante diploma de secretaria bilingüe taquimecanógrafa, ella estaba convencida de que con ese prodigioso diploma del Iquique English College, se me abrirían todas las puertas y yo pasaría a ser el sostén de mi familia, incluidos mis abuelos.

La casa había sido construida en 1920, mostraba vestigios de opulencia que hablaban de un pasado elegante y acomodado. La decoración, los muebles de madera tallada con cubierta de mármol, los espejos biselados, la porcelana, la cristalería, los baños con piso de mosaicos y con subterráneo alto; es decir, bajo el nivel de la calle había prácticamente otra casa de modo que el patio contaba con un larguísimo balcón desde donde se contemplaba toda la actividad portuaria. Años después fuimos testigos de cómo ardió, se consumió y se hundió el María Elizabeth. La propiedad que mi madre heredaría, esté ubicada en Almirante Latorre esquina Chuquisaca, muy pero muy cerca de la ex estación de Ferrocarriles del Estado y de Antofagasta a Bolivia.

Se iba a la Estación como un paseo costumbrista, aunque no se fuera a despedir ni a dar la bienvenida a nadie y cada vez que el tren partía parte de nuestros sueños y nuestras ilusiones se iban con el adiós y el revuelo de nuestros pañuelos simplemente despidiendo al prójimo.

La calle Latorre alto, era la puerta de entrada a la ciudad por donde ingresaba un universo misceláneo, verdadero torrente humano, es decir, por esa puerta entraba la vida, la acción con todas sus miserias, o con toda su opulencia y con toda su bondad o con toda su maldad. Mi calle era el punto neurálgico donde se aglutinaban toda clase de comercio, hoteles, residenciales, prostíbulos, garitos y donde todo pasaba a un mil por ciento, lo cual difería mucho con el calificativo de “Antofagasta dormida”. La actividad nacía y florecía bajo un solo referente: la estación de Ferrocarriles. Era todo lo asimilable a un punto de convergencia como la tienen hoy las grandes urbes, llámese aeropuerto, terminal, etc. Esta vieja Estación hoy dormida y abandonada fue lo que a mi juicio y a mis años, inspiró el progreso vertiginoso que se refleja en lo que es hoy y de esto quiero hablar: el Barrio Estación de Antofagasta donde se concentraba todo lo que se pudiera imaginar y que es tan largo de relatar, todo lo que la imaginación pueda crear ya existió y aconteció en ese barrio y yo estuve allí para contarlo. Al compás del traqueteo y silbido del tren se pactaron grandes negocios entre

comerciantes, agentes viajeros, contrabandistas, lanzas internacionales, prestamistas y usureros. Todo lo que involucraba al comercio, al lucro fuera lícito o ilícito. En otras palabras, se plasmaba y se vivía la vida, la bohemia, el divertimento, incluido los siete pecados capitales. Puedo decir que en ese Barrio Estación sucedió de todo. No hay ciudad ni lugar que no haya conocido que reúna tanta vivencia y experiencia que nos pueda llevar a pensar que fuimos honrados, gratificados o simplemente desgraciados. La continuidad de su actividad nocturna imparable no tiene comparación con ninguna historia que se pueda relatar sobre lo que se vivió en una noche de jolgorio. Noches donde se juntaban pelafustanes, guapos, chutes como se les decía a algunos, hermosas mujeres de las mejores casas de la profesión más antigua del mundo, que eran las casas más elegantes. Su condición de puerto la hacía incluso estar en la agenda de los marinos de los importantes barcos mercantes que arribaban a la ciudad. Esa era una parte del Barrio Estación. Había otra parte, muy sabrosa por lo demás, con un universo más joven cuya actividad social se concentraba en uno de los más antiguos clubes deportivos de Antofagasta: Rencort Atlético, a sus años contaba con una infraestructura envidiable. No solo tenía galerías, contaba además con una pista de atletismo donde se jugaron los eventos deportivos más relevantes de la época.

Los atletas de entonces eran un desfile muy agradable de admirar cuando pasaban a entrenar, sobre todo para las féminas que, como yo, aún deben recordar sus figuras y la pasión que ponían en cada competencia.

A mis años, al traer a mi mente esta remembranza, una sonrisa de satisfacción ilumina mi rostro porque en esta visión de juventud hermosa, es gratificante evocar la música romántica del piano de Federico Waelder y su Lady Crooner Ely Morgan en los tés danzantes del Hotel Antofagasta bailando un lento, suave, susurrante cheek to cheek con el más guapo de los basquetbolistas de Rencort Atlético.

Este Club también fue un punto neurálgico del Barrio Estación. Se organizaron grandes eventos, fiestas, además se realizaron campeonatos de boxeo internacionales. Hubo muchos espectáculos musicales como la orquesta Huambaly, Chiquito Macedo, Los Peniques, por citar algunos. Pero para mí, en mi mente, ocupan un lugar memorable las fiestas de Año Nuevo, donde todo el mundo acudía a celebrar al Rencort Atlético, las cuales terminaron muchas veces con la canción nacional interpretada por alguna orquesta de renombre, para tranquilizar los encendidos ánimos de una descomunal batalla campal que, en esos años, era inevitable en cualquier celebración masiva.

En este barrio vinieron aires de bonanza tanto para mi madre como para mí. El carisma y el ángel de la Sra. Dora se hicieron vox populi en el Barrio Estación. Ya fuera por recomendación boca a boca o por popularidad, el caso es que vino un gran flujo de bolivianos, argentinos, peruanos, jóvenes profesionales geólogos (cuando se buscaba La Escondida). Si parecía que todo el rebaño del Señor quería hospedarse en esa residencial sin nombre que, de haberlo tenido, se hubiera llamado “Casa de Familia”. Si hasta a los artistas del Dorado los mandaban allí. Sin querer ser menos, el propio cocodrilo prehistórico (ictosaurio) estuvo sobre nuestra mesa antes de estar en el museo.

Ver el comedor repleto de comensales, con una gran mesa redonda donde había que pararse para alcanzar el azucarero o el salero, más otras dos un poco más pequeñas, me hacía soñar con que algún día administraría mi propio hotel. Pero este auge debió ordenarse. Los pasajeros se fueron registrando en fechas programadas y cuando mejoraron los caminos llegaron los transportistas copiapinos, todos descendientes de italianos. El ángel de la Sra. Dora lo atrajo todo, si era como un imán invisible y ella ni cuenta se daba. Es extenuante hasta hoy recordar el maravilloso pasar de aquella casa.

No bastaba la suerte de mamá, Dios prodigaba a manos llenas, los transportistas copiapinos se sentían tan como en su casa que regalaban las verduras, las frutas, el vino, la chicha de Los Loros, miel de abejas, cabritos, corderitos, lechones, en fin todo lo imaginable para que nunca faltara y siempre se pudiera celebrar algo. En ocasiones, cuando su estadía abarcaba un fin de semana, ya la cosa se transformaba en mudanza. Todo vecino/a del barrio o niño que quisieran subirse a los camiones eran invitados a los paseos a la playa. Fue así como descubrimos playas paradisiacas como Los Metales, la Isla Santa María y muchas otras que pueda ser que algunos antofagastinos aún no conozcan. Fue época de regocijo, de asados, de celebraciones, de tallas ingeniosas. Estos copiapinos de verdad nos alegraron como en su casa.

Y digo que los tiempos de bonanza también vinieron para mí porque, de la noche a la mañana, me ofrecieron trabajo en una importantísima empresa internacional con muchos rubros, estaba ubicada en San Martín con Baquedano y todo ese trayecto desde la parte alta de mi barrio, lo hice a diario pisando fuerte con la omnipotencia de la juventud y mis pasos formaron un surco temprano, toda vez que mi labor comenzaba a las 08:00 AM. Todos esos años de ir y venir, me hicieron familiarizarme con toda esa visión inagotable de vivencias que formaron la cotidianidad. Al cruzar la Av. Argentina hacia el sur, me encontraba con El Palomar, lugar estratégico y paradójico. Se topaba con cada personaje... Cuántas veces ví llevarse detenidos con el cuerpo del delito por el medio de la calle, entre otros entes, al “Guatón Lamarangue” y al Zoilo, ambos Q.E.P.D. El cuerpo del delito era la mesa de juegos del garito. Mi



madre, afortunadamente, se escapó de haber caminado con el cuerpo del delito ya que, sin sospecharlo nadie, un cojito humilde con una rubia jovencita, que dijo estar accidentada, recibía tantas visitas todos varones. A mi esposo le llamo mucho la atención y nos previno a mí y a mi madre y resultó que el cojito humilde estaba usando a la rubia en el comercio sexual, a vista y paciencia de todos. Qué terrible hubiera sido para mi madre y su prestigio, haber tenido que cargar con el cuerpo del delito en este caso... En la cuadra siguiente estaba la legendaria pensión Latorre, algo así como una picada de ese tiempo, ordinaria a morir. Dicen... “dicen” que Pablo Neruda a veces cenó allí.

Para qué hablar de las fuentes de soda como El Jamaica o La Cabaña. Cuántas veces tuve que esquivar a los contrincantes que venían trezados a pelear a la calle, a veces con cuchillos. Evitaba sí, pasar el Portal del Lobo frente al cine Latorre, otro antro donde pululaban los más siniestros personajes, guarida de delincuentes y prostitutas. Pero si de verdad quería un regreso tranquilo, me venía por el pasaje del FF.CC., con elegantes mansiones de pino oregón y hermosos jardines. Cuando transitaba por mi calle, dueña de una juventud resplandeciente, me llovían los piropos y no solo a mí, el piropo estaba en la mente y en la boca de cualquier hombre que se apreciara de tal, y no ofendía porque no era grosero, muy por el contrario, halagaba y hacía caminar contenta de la inspiración criolla tan ingeniosa. Cuando ya estaba por oscurecer, había que apurar el tranco porque en Latorre con Bolívar aparecían los patines (prostitutas y travestis). Una asidua era “La muñeca del diablo”, bajita que le hacía honor a su apodo.

Al llegar a casa, a veces me encontraba con la sorpresa de un gran revuelo, era el Sargento Camus de la Fuerza Aérea y sus invitados de la NASA. No sabía nada de inglés pero era fanático del idioma y del baile. Él se maravillaba de que yo conversara con los gringos y luego le explicara, es decir, era su intérprete y como el baile también es una expresión que une, les hacía una demostración de rock and roll conmigo y todas las piruetas que el baile exigía y fue así como me transformé en el puente de amor entre las chicas del sector y los norteamericanos, y me quedé con la satisfacción de haber ayudado a hacer realidad soñados matrimonios. El Sargento, por su parte, terminó dominando el inglés y emigró a EE.UU., donde le fue muy bien con su academia de baile.

En mi barrio todo estaba mezclado y era natural, los vecinos no peleaban, no había días de furia. Por poner un ejemplo, desde avenida Argentina al norte la cuadra del frente empezaba con una antigua botica de una familia pudiente y lo atendía la viuda de un escritor que dejó bellas obras. Le seguía una casa corriente de clase media baja, luego estaba el centro Espiritista, donde pese a asistir nunca pude enterarme de nada porque me quedé dormida como hipnotizada, pero sí leí los hermosos mensajes del más allá del cuaderno de mi tía médium y fui testigo de sanaciones al seguir instrucciones de remedios sugeridos por médicos fallecidos.

Después le seguían cuatro inmuebles de familias respetables y adineradas, rematando con un prostíbulo en la esquina de Chuquisaca. Se podía ver a las niñas en la zapatería de Don Yolando o en cualquiera de los negocios adyacentes. Aún existe el viejo pimientero en la cuadra, dio tanta sombra. Cobijó hasta los loquitos de entonces: a un Perico de los Palotes que desfilaba con chaqueta de concripto con condecoraciones a más no poder y un Tabo que emulaba marchas con el sonido de su boca, un Maquinita atrevido grosero y agresivo, y un tierno Sapolio que lloraba cual niño cuando no le compraban, porque según él su mamá lo castigaría. Las calurosas noches de verano invitaban al vecindario a tomar el fresco, se sacaban sillas, bancas y la radio a pilas era un elemento obligado. Los niños se sentaban en el suelo o en la calzada, porque no había diferencia de edades, y los mayores entablaban interminables conversaciones.

Cada año nuevo fue fantástico. Se quemó al año viejo, hubo fuegos artificiales y todo el mundo fue a saludar a la Sra. Dora y a saborear sus célebres papas a la huancaina con receta peruana, que eran las legítimas según ella. Es que su razón era indiscutible. Esa noche se intercambiaban tragos, platos especiales y se cansaban de tanto abrazar; había licencia para embriagarse, para hacerse confidencias, para enamorarse... en fin, era año nuevo, vida nueva, era una renovación total para el cuerpo, el alma y el espíritu. Como también había licencia para desear un feliz año nuevo hasta los primeros 10 días de enero.

Pero este tropel de vivencias no me deja terminar toda vez que esto es un relato, no una novela, y de sopetón aparece el Espary de blanco riguroso, con su cara de viejo pascuero rozagante y sonriente que, con sus ojos verdes esmeralda refulgentes, me dice: "Por favor no me deje afuera, yo le endulcé la vida, ¿recuerda? Cuantos niños y damas como usted esperaron mi grito cada tarde: 'y lo llevo rico, y lo llevo suave, lo llevo dulcecito, mi turroncito'". Cómo negarse a un recuerdo tan sabroso y tibiecito.

Puedo afirmar que en ese barrio tuvimos un millón de amigos. Y muchos se preguntarán: "¿y por qué el Barrio Estación y la casa residencial sin nombre?" Simplemente porque tanto el uno como el otro estuvieron siempre ligadas paralelamente. Mi madre y yo conocimos íntimamente la naturaleza humana en todos los sentidos. Sin admirarnos de nada, nos enteramos de muchas cosas y supimos guardar grandes secretos sin llegar a ser cómplices ni celestinas de nadie. Y entre ese millón de amigos, tuvimos a un amigo con alias: "El bailarín salvaje". Eso sí, nos vinimos a enterar de eso años después, al leer en un diario capitalino un reportaje relacionado con lanzas internacionales, inteligentes y de renombre. Según la prensa, este apodo habría nacido en Argentina. Al fallecer, su hijo a quien nunca llegué a conocer, me envió una carta de agradecimiento por haberle brindado a su padre mi excelsa y dilecta amistad.

Las historias son muchas porque no solo fue el Barrio Estación, también hubo muchos lugares que marcaron nuestro destino, como las retretas de la Av. Brasil donde conocí a un estudiante de la U. de Chile y a quien fui a despedir al día siguiente a la estación, porque iba a dar su examen de grado y a los seis meses nos unimos en un feliz matrimonio por cincuenta y dos años.

Los vericuetos de la mente no dejan espacios vacíos, cada uno de tiene su ubicación y su momento, y con ello, confabulan sentimientos que hacen que estos recuerdos nos hagan sonreír o emocionarnos, aunque hayan pasado los años. Como aquella vez en que quise caer en los brazos de Morfeo y caí en los brazos de un extraño que se había equivocado de residencial. La casa aún esté en pie, vetusta pero enhiesta, celebramos matrimonios y lloramos velorios, y la estación de ferrocarriles duerme en el olvido y, a lo mejor, los trenes siempre estén partiendo, transportando a las almas a los distintos mundos de la eternidad.



"Los camiones gigantes contra el cerro: las máquinas gigantes, las tolvas gigantes subiendo como escarabajos hacia la montaña que los espera dispuesta a darles pelea. El sonido de los motores, el bramido de la mañana contra el silencio del coloso. Así es la minería. Y así también son las guerras que duran siglos."

PATRICIO JARA  
*GEOLOGÍA DE UN PLANETA  
DESIERTO*  
2013

**E**NTRE  
CHANCHOS Y GUARENES



FRANKLIN JORQUERA SALINAS

Me hacía señas, la saludé, trataba de imaginar qué recuerdos la inundaban de la noche anterior, sobre la vereda, impaciente, me esperaba un taxi con el motor encendido. Me despedí apenas con un gesto, Viña del Mar me esperaba, pero esa, es otra historia.

“Estruendoso,  
demasiado estruendoso.  
El aullido de la ciudad perdida entre bares.”

MARIETTA MORALES  
*EL RUDO ALACRÁN DE  
DOBLE ALIENTO*  
2012





# H

IJO DE  
MURCIÉLAGO Y DUENDE



MAURICIO ÁVALOS DÍAZ



001. La northside.

Esto fue cuando decidí quitarme los “antiojos”, o gafas, como se dice en el lenguaje común.

La luz del sol me inundó el alma. Lleno de regocijo y LSD con anfetaminas —gracias, hermanos colombianos— partí desde el condominio Trípolis con mi compadre Rigo, en calle Petronila, el día 28 de diciembre. Recorrimos el borde hasta playa Trocadero, o trokapulco, como le llaman los locales. Allí, en los requeríos artificiales, nos pegó<sup>1</sup>, como una roca azota a las lagartijas para que caigan sus colas. Afortunadamente eran rocas de mar en forma de gotas de agua, ¿Qué le hace el agua al pez?

Luego de haber bailado con todos los espectadores de dicha playa nos rescató mi abogado, el nunca bien ponderado MP y su esposa de turno Pancha miau, en el clásico del 2009 Toyota Lamboryaris, también tripeados.

Partimos los 4 de vuelta a la bahía rocosa y yo me dediqué a pintar el cielo, o eso creía en ese momento. Era una sensación de dicha y angustia, algo normal para un maniacodepresivo como el que narra este episodio.

En el semáforo de la villa Los Flamencos el de las cadenas me flasheó<sup>2</sup>, mis ojos no querían más<sup>3</sup>. Grité todo el camino hasta llegar al monumento natural La Portada. Las luces de la carretera me abordaban sin ventanas, ni persianas, sin sombrero, sin corbata ni bufanda, sin guantes, sin mi compadre que ya había ido a por su doncella para dejar de llorar caca<sup>4</sup>. Por mi parte lloré caca por cada uno de los poros dilatados de mi jovenzuela humanidad.

Ya Flasheado seguimos nuestra ruta, y en los acantilados de la portada pasó: Bailé al son del silencio acompañado de misteriosas cadenas, recordando a mi abuelo detenido y enviado a Taltal por la actual dictadura —esto tengo que plasmarlo en la historia, pero no sé qué tan buenas son las autorreferencias—. Gracias por resistir hasta conocerme y ayudar en la crianza de este mal portado andino norteño hawaiano venezolano y corsario; su primer nieto varón hijo de su última hija coquimbana, el concho y el mayor de los Andinos Avalos Olivares oriundos de Copiapó, mi padre Mauricio. Se fue el día 28.

Volví a mi casa lleno de dudas y ganas de seguir el viaje. Fueron los 5 días más largos que he vivido, insisto. Diría que aun duran pero creo que terminaron en mayo del 2016.

0002 Enguantado en la agonía.

Fue difícil. Empecé interpretando mi realidad y comparándola con la del resto. Terminé encajado<sup>5</sup> en un rincón de mi pieza, tan encajado que comprendí que mi destino sería el que viene y va. Mi único y gran desenlace, mi tranquilidad ante saber que mi amor era tan puro y tan moribundo que necesité la nada misma para saber lo que a continuación voy a relatar.

Salí de mi casa en mi mochila, me encontré nuevamente con mi compadre y nos fumamos el penúltimo primer perno<sup>6</sup> del nuevo año. Ahí lo decidí y partí cerca de las 10 pm a pie como buen soldado que soy. Caminé tanto que llegando a la piedra del lobo me senté a esperar los fuegos de artificio. Me sonaron las 00, y continué caminando dirección sur hacia mi destino pensado. Hasta me tiré un piquero en la oscuridad de mi único océano: el mar moribundo. Ya empapado de sal, seguí hasta llegar donde estaban los brits, sí, los brits, mítica hermandad, ciudadanos de la escuela de arquitectos de la UCN, los primeros enguantados para este humilde joven narrador lírico de la agonía y armónico del todo o nada, más distancia mayor desenlace.

0003 Rojo amarillo a purpura.

En el momento de saber si subir o bajarme, encontré la mejor forma de llegar a exponer mi vacío hacia afuera, mediante el viento lleno de direcciones. Silbé a todo volumen y me pilló mi fiel colega Rojo, al cual, con la ayuda de su polola Tamara, le traté de interpretar de la mejor forma lo que me estaba pasando. Escribe, me dijeron. Mientras yo subía y bajaba de sintonías, es decir, ondas, armónicas y sin salidas, paso a ser nada, solo las ganas de estar con ella, ella por la cual al final de la noche lloré arrepentido de todo el tiempo que dejé pasar para que me olvidara. No fue tanto, porque en la distancia me manejo tan bien que jamás me olvidé de ella. Gabriela. Mi único concepto certero, el interludio. Todo esto, eso, y más, y menos son para ti, aunque no estés.

0005 Interludio, intraludio.

¿Qué se yo? No sé, solo sé que te quiero aun y por eso menciono a Roji, el único que me aguanto toda la noche para llorar mis lágrimas plateadas por ti, cariño mío, mis lágrimas empapadas de aislamiento, ante el sol saliente entre estos cerros abiertos hacia el mar moribundo. Espero con este capítulo suplir mi ausencia eterna ante tu presencia constante en mí, según el barroco tienes mi cabeza solamente, pero, para ser más certero y honesto, te regalo todo mi mundo y mi entero. Mi único cuerpo, el sol, la luna y el mío cuerpo ventoso, erizado y alborotado de tantas formas, que con un soplo de tu voz supe que te ha amado más allá de la ilusión de tenerte entre mis brazos.

0006 transmisión, emisor.

Luego del llanterío con Redman<sup>7</sup> vino la durma, luego la pausa ante la micro 121 y por último la bajada mágica que me hizo abortar todas mis misiones solo para irme a donde estaba el resto de mis playeros, desde playa Chacaya hasta Punta Itata, donde le declaré la guerra a los que de verdad escuchaban mi destiempo. Ante los malos te funde mi buena amiga y única hermana, mujer parte de los brits, Sofía. Delante de los malos le declaré la guerra al cosmos, y cuando por fin me convencí, agradecí y terminé esta crónica desértica de ella, la de la playa, solo para convertir a mi país en la costa orilla acantilada. Para poder desentrelazarme de mi pasado y antiguo horrible ser. Agradezco al viento. El soplo tuyo fue tal que me ahuyentaste hasta el pánico de escribirte directamente, desde mi sensible asiento, asiento colocado a propósito por mis amigos los brits.

0007 Gatos grisáceos enamorados.

Fue y ahora va, con toda la emisión, a deshacer la ilusión de al fin tenerte entre mis sintonías y no mis manos, porque para eso necesito mis guantes, guantes para mis manos enguantadas, para no cazar ratones si no mis más preciadas gemas, que son tus hermosos ojos purpura. Gabriela, mi todo, mi ángel, mi ilusión y tu viento. Espero que ese viento sea un soplo mío, cercano al día que llegue tratando de decirte todo lo que aún no te digo.

Con mi llamada y tu respuesta me bastó para terminar mi brisca<sup>8</sup> interminable.

No sé si fue la distancia o tal vez culpa de mi ignorancia<sup>9</sup>.

Vino la conversación final con mis padres, luego la clínica, luego la cárcel. Ahora estoy esperando el tan anhelado exilio.



N.N.

CAMILO KONG



**N**acido y criado en el campo, dejó todo por ir al norte. Seducido por la ambición ganó mucho dinero, mas no encontró el amor. Allí, donde miles trabajaron por hacer una ciudad más próspera y feliz. Donde muchas y muchos dejaron su vida por los suyos.

En la infinitud de la tierra y bajo el incandescente sol del desierto, hallaron sólo una bolsa de tienda comercial y las tarjetas de crédito en su interior. Néstor Nantes (o N.N., para los amigos) se volvió polvo eterno, quedando en el olvido de la ciudad del dinero y la apariencia.

# E

L ENCUENTRO



GONZALO LEYTON BARRAZA

En las olas reventando,  
se desata mi caos.  
En el mar recogido,  
Se recoge mi alma.  
En estas nuevas olas,  
Viene la esperanza.

Ola eterna, no tengo miedo a tu caos, Si a mi alma recogida, en la angustia del sol  
perdido.

# L

A HISTORIA DE  
JUANA GUAJARDO BURGOS



CRISTIAN VILCHES

**S**i voy a escribir debe tener una justificada razón. Y es que la escritura no puede ser un fin en sí mismo sino un medio para. En mi caso, será un pretexto para hablar de un tema de mi total interés en estos últimos años: la interminable noche de la dictadura en Antofagasta. Los sueños del antes, la tragedia del durante y el sinsabor del después.

No sé aún porqué elegí esta historia como la primera. Y es que pienso que quizás me impactó escuchar en un seminario universitario –sí, ese espacio prácticamente vedado para los marginales al sistema– que la protagonista de mi relato, una peluquera y bailarina nocturna (supuestamente prostituta) fue asesinada por la policía en plena dictadura. Y es que, ¿qué hace que la policía aliada a Pinochet, esa que iba tras “el terror marxista”, tuvo la intención de asesinar a una supuesta prostituta aquí en Antofagasta? Al parecer debe haber visto o escuchado algo que no debía, para que se ensañaran contra ella. Sí, eso parece tener más sentido.

Lo otro que nunca me dejó de dar vueltas y hasta ahora me inquieta es que luego de más de 30 años su crimen aún no haya sido resuelto ni dilucidado.

Si bien no hay culpables (o más bien están en las sombras), este asesinato no pasó inadvertido. En su momento fue portada de diarios locales, los que la bautizaron como “la mujer fondeada”; debido a cómo fue hallado su cuerpo sin vida: en unos roqueríos de la “Caleta El Cobre” (que sinceramente, y a pesar de lo obsesionado que me ha tenido este caso, nunca he tenido la oportunidad de conocer; lo único que sé es que está frente a esos enormes tambores en la Costanera Norte).

Fue un 21 de Febrero de 1983. La encontraron atada con restos desusados de los rieles del tren; una manera clásica- y sobre todo macabra- de cómo la dictadura hacía desaparecer los cuerpos de los detenidos. Años después en el lugar de su muerte fue levantada una construcción modesta que recuerda de un modo igualmente modesto su nombre e historia.

Juana Guajardo Burgos: una joven de 32 años, peluquera durante el día y Sandra Le Roi, bailarina de clubes nocturnos en la noche. Se dice que mientras actuaba semidesnuda en escena, gustaba bailar la música de la famosa película FLASHDANCE. Y, bueno, quizás ese era su sueño también: que ella y su baile salieran de la oscuridad y llegaran a los grandes escenarios... sueño que duró hasta que los malditos, cobardes y fantasmales cuervos de la dictadura se lo arrebataron.

Según lo que he recopilado, “Juanita” trabajaba en una peluquería ubicada entre Latorre y Condell. Una referencia extraña, dado que esas calles son paralelas y, por tanto, nunca se han intersectado. Pensemos que quizás alguna vez lo hicieron, y allí estaba la fuente laboral de Juanita. Luego de su muerte, los cuervos borraron toda huella, incluso aquella imaginada intersección del mapa.

Hace muchos años atrás una ex polola me decía que su ex (un pseudocritor) estaba investigando sobre el caso de Juanita. Su principal hipótesis era que un millonario empresario de una cadena de supermercados local estaba involucrado. Al parecer un amorío prohibido. Lo cierto es que en el momento no le tome mucha atención. Ahora veo que el trinomio empresarios-muerte y ocultamiento de la verdad, no es sólo una buena ficción sino una cercana realidad.

N OCTURNO DE  
ANTOFAGASTA



ALFONSO BONHOMME

I

Se huele como la noche  
en la costa salada de Antofagasta:

la soledad de la mujer acicalada

para una noche más  
de amores como olas.

II

Cuproso desierto oasis  
asentamiento fraude para el amor  
la vida de los hombres que se ufanan

desnudando sus bolsillos  
vaciando el corazón de sus mujeres.

III

Mulata como las sombras,  
como la noche entre el desierto y el mar.  
Embelesada de sueños con olor a cobre,  
dormida en la ilusión de un ágape  
con sabor a cocaína.

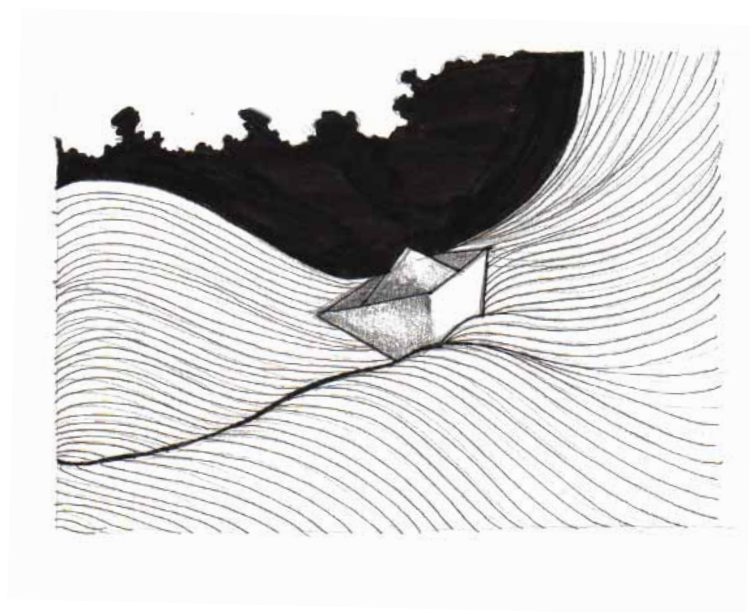


#### IV

Niños lejos, del desierto  
calzados por botas en futuras condiciones  
Regañados operarios de satisfacciones  
a la sombra de su oro anaranjado,  
educados por la culpa de una puta escondida.

# N

AUFRAGIO



PATRICIO MATURANA

Tiempo ya que el olvido  
nadó mar adentro ahogando su recuerdo.  
Como un rito cada tarde volví  
para orillarme esperando  
el regreso de sus ojos.  
Ayer, en la playa de nuestro abrazo,  
varó un madero con los cantos  
desgastados por las olas y su implacable  
reloj de arena.  
Era apenas el resabio de  
una pequeña embarcación que  
la espuma de Coloso arrastró hasta  
mis pies incrédulos.  
Simplemente así,  
en una travesura del destino,  
el mar de Antofagasta me regresó  
su nombre pintarrajeado sobre  
una tabla marinera  
como un tatuaje en homenaje  
al naufragio irresistible de sus besos.























